

La descolectivización de la agricultura en Armenia o las dificultades de la transición post soviética

Françoise Ardillier-Carras

INTRODUCCIÓN

La independencia de Armenia en 1991 provocó una situación caótica en un país ya debilitado por su situación en el corazón del Cáucaso y por pesadas herencias, no solamente soviéticas sino de la propia historia armenia. Puente entre Asia y Europa, la joven República de Armenia está en un cruce de caminos. Las recomposiciones territoriales entre el Mar Negro y el Caspio han creado un complejo rompecabezas de donde emergen luchas de intereses y el juego de las grandes potencias frente a las apuestas de esta región.

En Armenia, como en todos los países de la antigua URSS, el brutal hundimiento del sistema socialista soviético ha ocasionado reacciones en cadena a todos los niveles de la economía, que han expulsado a cada sector de actividad a las turbulencias incontroladas de una economía siniestrada. Este país de altas montañas, sin salida al mar, estado cristiano, rodeado de vecinos hostiles, víctima de un bloqueo dirigido por sus vecinos de habla turca y desconectado de sus antiguos circuitos de intercambios, se enfrenta a un periodo difícil de transición en condiciones muy desfavorables. En este país 'oxidado', apagado, que desde el derrumbe de la URSS ha sido arrastrado a una deriva incontrolable, todo ha cambiado. Los campos armenios se hunden cada día más en el marasmo padecido por un pueblo que, a pesar de su empeño en el trabajo y su lucha secular para mantenerse con vida, deplora el profundo desastre cotidiano: sentimiento de frustración, de inutilidad social y económica, un drama que hunde sus raíces

Fecha de recepción del original: Octubre de 2004. Versión definitiva: Mayo de 2005

■ *Françoise Ardillier-Carras es catedrática de Geografía en la Universidad de Limoges. Dirección para correspondencia: Faculté des Lettres et Sciences Humaines, 39E Rue Camille Guérin, 87100, Limoges, Francia ardillier.carras@wanadoo.fr*

mucho antes de la caída de la Unión Soviética. La suma de herencias desastrosas y de exigencias nacidas de la entrada en la economía de mercado compone una situación de gran fragilidad. En este contexto, la agricultura ocupa un lugar muy particular para asegurar las necesidades alimentarias esenciales, y la reforma agraria que ha privatizado este sector ha provocado un choque violento, con efectos socio-económicos aún incontrolados. La descolectivización ha puesto en juego fuerzas contradictorias: por un lado unos dirigentes preocupados por reducir la dependencia alimentaria; por otro, un mundo campesino dividido entre dos lógicas opuestas, privado de medios e incapaz de comercializar su producción por falta de mercado. Las recomposiciones del espacio rural se originan, en gran parte, por el impacto directo de la privatización, en el que las mutaciones del territorio tienen repercusiones preocupantes.

MAPA 1. ARMENIA ADMINISTRATIVA



Cartografía: Eric Van Lauwe

- 1 Armenia oriental, colonizada por la Rusia zarista, corresponde más o menos al actual territorio de Armenia.
- 2 «Los europeos cambiaron el nombre de Tártaros por Tártaros, y les dieron el nombre a todos los pueblos de Asia situados en el norte de Persia, la India y China, desde el Mar Caspio hasta el

1. DE LA AGRICULTURA COLECTIVA A LA AGRICULTURA PRIVATIZADA: UN PASO BRUTAL

La situación anterior a la soviétización ayuda a entender los efectos de la colectivización, por una parte, y los de la descolectivización a partir de 1991. En el momento de la conquista rusa, en la década de 1830, el territorio de Armenia (Armenia oriental) sólo tenía 161.000 habitantes¹. En los pueblos cohabitaban cristianos y musulmanes, armenios y tártaros² ‘corderos y leones viviendo juntos’, como escribía H. FB. Lynch en 1894. También existían pueblos sólo de armenios o de tártaros. Esta situación duró a lo largo de toda la época soviética. Pero después de la independencia y del conflicto de Karabagh, los pueblos habitados por azerís o kurdos musulmanes se vaciaron. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el paisaje rural se transformó; se crearon numerosos pueblos, en particular por los armenios que huían de la Anatolia oriental, a causa de las masacres de las que eran víctimas y, sobre todo, después del genocidio de 1915, cuando las oleadas de refugiados armenios pasaron la Araxe para instalarse en la llanura de Ararat y en la Armenia rusa.



Foto Pierre Bonnet, 1911

Paisaje agrario en Armenia antes de la soviétización: parcelas de cultivos, hábitat agrupado, casas de tierra. Podemos ver pirámides de bostas secas, combustible para el invierno.



Mujeres Tártaras en el pueblo de Rind en 1912 (Foto: Pierre Bonnet)

Océano oriental; pero por una fatalidad, mientras que este nombre hizo fortuna en Europa, los persas y los árabes ni siquiera lo conocieron», LÉVESQUE, 1812.

1.1. La colectivización engendró un profundo trauma

El proceso de soviétización empezó en 1920-21. Después del paréntesis de la Nueva Política Económica, entre 1921 y 1927, cuyos resultados positivos para la propiedad privada iban contra los principios marxistas, los dirigentes bolcheviques estaban obsesionados con la idea de que el enriquecimiento de los campesinos hiciera peligrar las políticas que habían emprendido. «El éxito de la N.E.P. condena inevitablemente a la N.E.P.»³. Se decide por tanto eliminar a los kulaks y pasar a una economía centralizada y planificada, sobre todo en la agricultura. Los plazos para eliminar los kulaks y colectivizar todas las tierras, anunciados el 5 de enero de 1930, se redujeron a un año para las repúblicas del Cáucaso.



Campeŝinos sin el Zanguezour, en Goris, donde las rebeliones en contra de la colectivización fueron reprimidas con sangre. (foto tomada hacia 1912 por Pierre Bonnet)

Entre 1920 y 1930, las propiedades privadas fueron poco a poco eliminadas y se procedió a la colectivización de la tierra y del ganado. Los campesinos resistieron, rechazando el sistema colectivizado, prefiriendo matar una gran parte de su ganado antes que entregarlo a las granjas colectivas. El proceso se intensificó con la creación de nuevos pueblos. Aparte de la extensión de las zonas agrícolas, se trataba también de controlar a una población pasiva o rebelde: se procedió a los agrupamientos forzados con el fin de evitar cualquier intento de resistencia. En toda la URSS entre 1929 y 1930 el ritmo de la colectivización se aceleró; en todos los sectores se fijaron plazos y la intención del Gosplán, encargado desde 1926 de establecer los objetivos, era hacer entrar de inme-

³ El capítulo 7 de Ferro y Girault (1989) describe el cambio hacia una economía planificada o la segunda revolución y la colectivización de los campos (1929-1930). Se recuerda justamente que «los economistas y especialistas del Gosplan resaltaban el carácter bastante teórico de sus evaluaciones». La prisa por acelerar las colectivizaciones parece haber estado motivada por el «cuello de botella formado por la pasividad de los campesinos». Fue sin duda uno de los bloqueos principales tratándose de Armenia donde, como en otras partes de la URSS, en 1929 la economía agrícola estaba marcada por la autoproducción y la debilidad de la producción mercantil.

diato entre el 20 y el 25% de los campesinos en las estructuras colectivas⁴. Las medidas impuestas por Stalin adquirieron proporciones inconmensurables con el objetivo no declarado de hacer callar a los campesinos, destruir todo vínculo con la tierra y eliminar el espíritu campesino.

Armenia no escapó a este proceso; incluso el Pravda del 7 de noviembre de 1929 anunció que el 'gran giro de los campesinos' tomaba una amplitud muy particular, visto el contexto social e histórico. Los ritmos impuestos por Stalin en la edificación de la nueva economía agrícola se mostraron rápidamente inadaptados a escala de cada república; para los campesinos, el sacrificio fue desproporcionado en relación con los resultados previstos o reales. Resistieron hasta el final la colectivización, llegando a matar a su ganado para evitar que se convirtiera en un bien colectivo y reduciendo voluntariamente los cultivos. Pero esta resignación del mundo campesino tuvo graves consecuencias: el ganado muerto durante este periodo nunca se recuperó, la poca motivación del campesino para el trabajo colectivo encontraba aquí su origen, al aplicar ciegamente reglas ideológicas; el aniquilamiento de la clase de los kulaks ha dejado huellas indelebles en el inconsciente colectivo y contribuye, aún hoy en día, a frenar numerosas iniciativas por parte de los agricultores.



Edificios de un antiguo sovjoz de ganadería sobre los altiplanos armenios (región Siounik). Al fondo, a la derecha, el pueblo edificado durante la época soviética. En el centro, los amplios establos.

1.2. Los cambios profundos: estructuras territoriales y hábitat

En 1937, la reconstrucción socialista está en marcha: el 88,7% de las explotaciones agrícolas ya está integrado en los koljoz y el 92,6% de la superficie cultivable está concentrada en los koljoz y los sovjoz. Como muestra el Cuadro 1, en 1940 existían 1.030 explotaciones colectivas de pueblos, frente a las 893 de cinco años antes. El koljoz es una explotación colectiva gestionada por los campesinos, que pone en común todos los medios de producción, las tierras y el trabajo, mientras que el sovjoz es una granja estatal. A las tierras colectivas se añadían pequeñas parcelas privadas, formadas

⁴ Existen bienes no colectivos (alrededor del 7,4%), como parcelas individuales, sobre todo en pueblos de montaña, con sus tierras dispersas que, tal vez vistas como poco productivas, nunca se integraron al proceso de colectivización. Sirve como ejemplo el pueblo de Vatchagan, en la región de Kapan.

por huertos junto a la casa y un pequeño corral para el ganado (una o dos vacas) para cada familia, de entre 1.000 y 2.500 m² en total.

CUADRO 1. EVOLUCIÓN DE LOS KOLJOZ Y SOVJOZ, 1940 A 1969

	1940	1950	1960	1966	1968	1969
Sovjoz	14	27	83	215	257	254
Koljoz	1 030	668	760	526	495	490

Fuente: Ministerio de Estadísticas de la RSS de Armenia.

La colectivización ha introducido en Armenia, como en otras partes de la URSS, cambios profundos en el hábitat y el paisaje.

1. A partir de 1930, con Stalin, la tierra de cada pueblo se transforma en una única explotación, trabajada colectivamente por los campesinos: es el koljoz, gestionado por la comunidad⁵, que transforma y condiciona la psicología de la sociedad campesina. Con el agrupamiento forzado de los nuevos pueblos alrededor de los edificios colectivos, los desplazamientos de los campesinos eran rigurosamente planificados según el ritmo jornalero y ordenados en el espacio según itinerarios «balizados» por las brigadas. El koljoz se compone de las tierras, el ganado, el material, los edificios agrícolas, y las casas y parcelas cedidas a las familias.

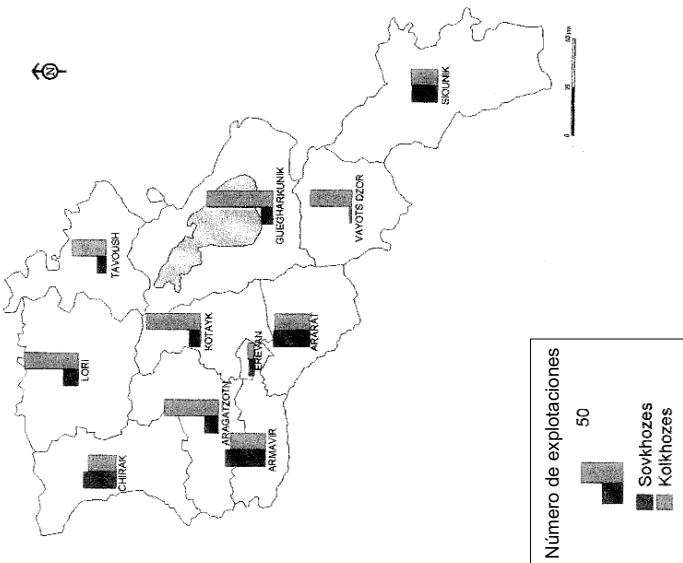
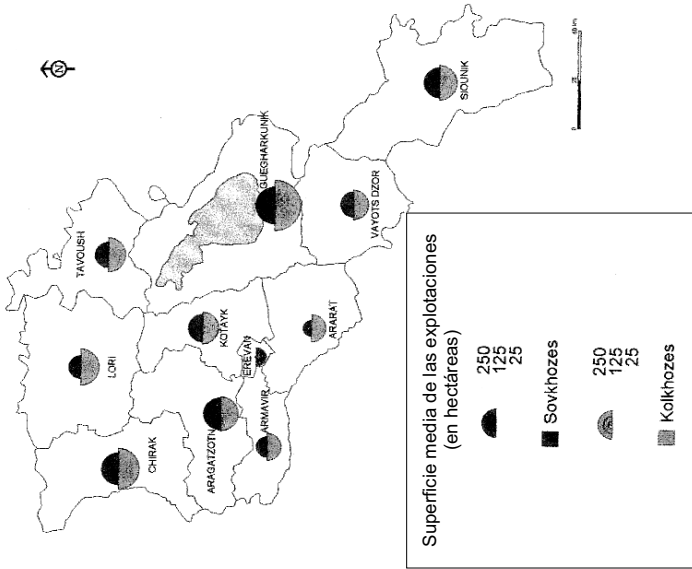


El principio de la mecanización, hacia 1926 (Foto Nubar).

2. La localización de los pueblos y las formas de hábitat se modificaron totalmente a partir de 1920. Durante la colectivización, uno de los cambios más notables fue la destrucción casi general de las iglesias de los pueblos, de las que aún queda algún rastro. Por una parte, la población aumentaba debido a los nuevos asentamientos, y por otra se introdujeron nuevos modelos de hábitat para responder a los principios ideológicos de la colectivización, sobre todo con la reagrupación forzada de los campesinos del koljoz

⁵ Un presidente elegido dirigía la explotación colectiva. El trabajo se organizaba por equipos o «brigadas».

MAPA 2. LAS EXPLOTACIONES COLECTIVAS EN 1988. KOLJOZY Y SOVJOZ NÚMERO Y SUPERFICIE MEDIANA



Fuente: Institut des Terres et Ministère de l'Agriculture de la R.A. 2001

en nuevos pueblos, cerca de los edificios colectivos. Las casas, edificadas según normas comunes a la mayoría de las regiones, tenían forma cúbica, techo de chapa y se alineaban a lo largo de los caminos, que tenían un trazado geométrico. La vida de los habitantes del koljoz se organizaba alrededor de la casa con su vallado o huerto, una célula familiar que escapaba a la lógica colectivista.

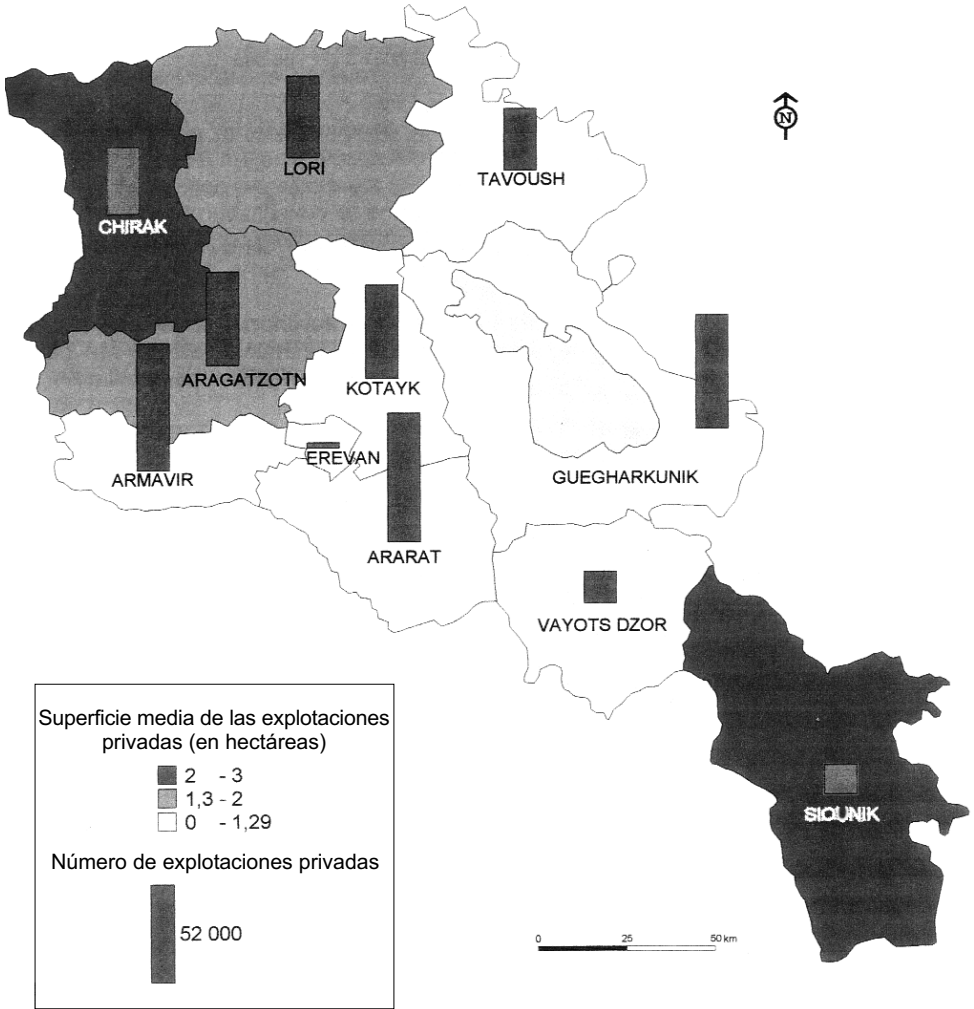
3. Hoy en día, a pesar de los episodios dramáticos del periodo stalinista, hay gente que echa de menos el tiempo de los koljoz. ¿Es la nostalgia del pasado de los ancianos, que borran de la memoria los peores recuerdos? Seguramente, aquí como en otras partes, tienen ganas, incluso inconscientemente, de olvidar las dificultades pasadas. Pero también –lo hemos oído muchas veces– la vida en el koljoz parecía feliz. Es lo que dice Gnarik a Semionovka, quien, a sus 83 años, recuerda la felicidad pasada: «Estábamos bien juntos, nos reíamos siempre, no teníamos preocupaciones. ¿Por qué preocuparse? No nos faltaba nada para comer y teníamos trabajo». Vivir «juntos», trabajar «juntos» es un sentimiento a menudo idealizado, como un principio de solidaridad, de ayuda mutua, de comprensión de los demás, al menos en teoría. Rosa incluso afirma que «si hoy se creara un koljoz, incluso teniendo 70 años, me iría a trabajar allí, seguro, pero no a un sovjoz porque en la época de los sovjoz la situación empeoró. No nos pagaban mucho: 3 rublos de media al día, estuviese el trabajo hecho o no, mientras que con el koljoz el campesino participaba en los beneficios; si trabajábamos bien, la producción era abundante y la podíamos vender o distribuir entre las familias, pero en todo caso, veíamos el interés de nuestro trabajo».



Trabajadoras en un sovjoz de tabaco (llanura de Ararat), hacia 1950
Foto de archivos (Nubar)

En 1988, antes de la conmovión de 1990, las 1.242 explotaciones colectivas producían las cantidades previstas por el Plan, pero las incoherencias de la gestión, la irresponsabilidad de los campesinos por el bien común, las prácticas de despilfarro y los pequeños trapicheos acabaron por agotar la eficacia del trabajo. Después de la caída de la URSS, Armenia fue el primer Estado de la CEI en empezar el proceso de privatización de la agricultura, que ha realizado rápida y globalmente.

MAPA 3. LA PROPIEDAD PRIVADA DESPUÉS DE 1991. NÚMERO DE EXPLOTACIONES Y SUPERFICIE POR REGIÓN



Fuente: Institut des Terres et Ministère de l'Agriculture de la R.A. 2001

1.3. La puesta en marcha de la propiedad privada: una reforma agraria rápida y total

La privatización tuvo lugar a partir de 1991, a un ritmo acelerado en todas las regiones de Armenia. Demasiado rápida a lo mejor, demasiado brutal, esta transformación ha descolectivizado un millar de explotaciones colectivas y ha creado 331.000 explotaciones privadas de una superficie media de 1,1 Ha. Este minifundio generalizado permitió al país satisfacer en un primer momento sus necesidades alimentarias básicas: a pesar de la interrupción casi total de las redes de suministros, del conflicto del Karabagh y del bloqueo que siguió, se evitó lo peor. Pero las derivas del sistema económico han acabado por agotar el entusiasmo del inicio de la reforma agraria. En un contexto de propiedad campesina muy pequeña comienza, para la población, un combate para sobrevivir.

CUADRO 2. LA PROPIEDAD PRIVADA EN ENERO DE 2001 (POR REGIÓN)

	Número de explotaciones	Superficie (Ha.)	Tierras cultivables	Huertos y viñedos	Prados de siega
TOTAL R.A.	332.598	458.642	353.173	38.298	67.171
Aragatsotn	37.139	51.939	43.840	6.107	1.992
Ararat	52.482	31.893	23.004	8.128	761
Armavir	50.331	41.665	29.312	11.903	450
Guegharkunik	46.133	68.426	51.682	48	16.696
Lori	32.542	59.492	34.692	1.034	23.766
Kotayk	37.611	53.409	38.170	4.588	10.561
Chirak	28.151	66.730	63.885	41	2.804
Siounik	12.707	38.679	33.697	978	4.004
Vayots Dzor	11.010	16.052	11.380	2.504	2.168
Tavouch	24.492	30.357	23.511	2.967	3.879

Fuente: Ministerio de Estadísticas de la RA, 2001.

Para llegar a ser propietario, el campesino debía primero solicitarlo. La distribución de las tierras, el ganado, los edificios y el material siguió un procedimiento específico en cada pueblo, por una «junta» que agrupaba a los campesinos. Las tierras fueron repartidas entre los agricultores según la superficie cultivable disponible, el número de peticiones, el número de personas por familia y los tipos de producción. Se estableció un sistema de partes proporcional al tamaño de las familias: una parte para 3 personas, 3 partes para 6 personas. Puede que existieran diferencias de un pueblo a otro, pero el principio fue la aprobación de las medidas por el conjunto de los campesinos. La distribución se efectuó también según el tipo de los cultivos: cada agricultor recibió una par-

cela de cada tipo de producción. Las antiguas parcelas, bienes familiares de la época anterior, fueron repartidas de la misma manera, casi siempre recuperadas por sus antiguos usuarios, lo que se entiende perfectamente, puesto que estos «pequeños» huertos de 1.200 a 2.000 m² estaban situados junto a las casas. Ésta es la versión oficial pero, al escuchar los testimonios, la realidad se revela muy distinta y a menudo se hicieron las operaciones en un ambiente de conflicto.

Las tierras de la comunidad campesina no se han distribuido totalmente. Una parte ha quedado en reserva y pertenece al gobierno o al pueblo para permitir extensiones: estas «reservas» se arriendan a los agricultores que desean ampliar su explotación, son compradas por cooperativas agrícolas, o son consideradas como bien comunal a disposición de los campesinos para pastos de verano. En este caso son terrenos en altura utilizados estacionalmente como común del pueblo. De esta manera, en función de la demanda, el alcalde puede arrendar parcelas cultivables, lo que representa una renta a menudo no despreciable para el municipio. En general, en las regiones de agricultura de huerta, como en el valle del Araxe, todas las tierras de reserva están arrendadas. En las zonas ganaderas, como en el Aragats o Siounik, los pastos de altura están a disposición de los campesinos, que llevan allí sus rebaños en verano. En Vosketap, en la plana del Ararat, el koljoz tenía 1.020 Ha. Hoy en día, 1.300 pequeños propietarios se reparten 890 Ha. Las 120 Ha. de reserva están todas arrendadas por unos 92 euros/ha/año. El resto de la superficie corresponde a las antiguas parcelas, redistribuidas en pequeñas parcelas de unos 2.000 m², que se añaden al lote distribuido a cada familia. El tamaño medio de las explotaciones es de 1,5 Ha. En este municipio, la mitad de la tierra cultivada es de regadío.

La parcela individual completa la «propiedad» familiar. Ha pasado de ser el refugio en el universo colectivista a una isla que garantiza la supervivencia en medio de las turbulencias de la transición, y su importancia es cada vez mayor. Se trata de un fenómeno generalizado en el mundo ex-soviético, donde el repliegue sobre el huerto, «fresquera» familiar, se aprecia en todas partes. Actualmente, en toda Rusia la extensión de las E.I.A. (Explotaciones Individuales Auxiliares) aumenta rápidamente. Con las dificultades del periodo de transición, el interés por los huertos es tal que en 1994 se distribuyeron con este objetivo 50.000 Ha a 500.000 familias, lo que ha hecho aumentar la superficie total de las parcelas a 7,7 millones de Ha. el doble que en 1990, cuando ya se registraba un aumento del fenómeno desde 1980. En 2000 las huertas proporcionaban el 54% del valor total de la agricultura (Cabanne y Tchistiakova, 2002: 163).

1.4. Un instrumento de trabajo en decadencia

Los edificios de las antiguas granjas colectivas han sido en muchos casos destruidos. La mayoría está en ruinas. Los campesinos han comprado algunos para utilizarlos como cobertizos o establos. En Guetachain, en la región Chirak, de alta montaña, el alcalde se asoció con otro agricultor para comprar los edificios del sovjoz, a 500 m. del pueblo. Construido en 1989 después del terremoto que devastó la región, este sovjoz sólo funcionó un mes, con 120 vacas lecheras compradas en Bielorrusia. En 1992, vacío,

fue adquirido por el alcalde a un precio bajo. Lo convirtió en establo y almacén para material. Una parte del ganado del pueblo fue vendida, la otra privatizada. Eran vacas de raza «Switsa», buenas lecheras, cruzadas con razas del país, más rústicas. Ante el empeoramiento de la agricultura y los sobrecostes que ahora hay que soportar individualmente (no colectivamente como antes), el alcalde propietario vació el establo. Hoy, los edificios en ruina (por el pillaje del material y la falta de mantenimiento) están vacíos y a la venta.



En Saravan (Vayots Dzor) el hábitat y el material agrícola están en un estado de fuerte deterioro.
(Foto de la autora, tomada en 2000)

Una parte del ganado, principalmente vacas y ovejas, fue vendida en el momento de la independencia. La liquidez así obtenida dio, durante un tiempo, la ilusión de riqueza. Pero enseguida los agricultores se dieron cuenta de que la reconstitución de un rebaño costaría mucho más que la renta de la venta. Este proceso, vinculado a la privatización, penaliza la producción animal durante muchos años. En general, las familias poseen 1 ó 2 vacas para su consumo. En Vosketap, donde la ganadería no era la actividad principal, se conservó un rebaño de 300 a 400 vacas para 1.300 familias.



Este rebaño está compuesto por animales que pertenecen a varias familias y se lleva a pastar bajo la vigilancia, por turnos, de un campesino del pueblo.

Hoy en día todo el material agrícola está obsoleto, en un estado dramático de deterioro, al que se añade el robo del material durante la descolectivización. Faltan las piezas de repuesto y las fábricas para hacerlas. El material está además inadaptado a la nueva disposición parcelaria. Sobredimensionado, concebido para las grandes parcelas en el marco de los koljoz y de los sovjoz, no corresponde a las necesidades actuales de las micro parcelas. Después de la independencia, las máquinas agrícolas fueron vendidas para chatarra, sobre todo en Irán, sin poder remplazarlas por máquinas más modernas y mejor adaptadas. Esta situación frena el desarrollo agrícola y obliga a los campesinos a recurrir a técnicas arcaicas. Pasar de la pesadez de la mecanización 'a la soviética' a un utillaje de «huertos» es un problema no sólo de orden técnico sino que supone un cambio completo de los comportamientos. El proceso de privatización hace resaltar los fallos del sistema colectivista. A pesar de la aparente armonía con que se ha pasado a la propiedad privada, los actuales extravíos provienen de la antigua lógica económica. El individuo se ha convertido en propietario pleno, pero aún conserva los reflejos adquiridos durante toda una vida. Las dificultades que acompañan la transición a una agricultura moderna de mercado se ven a través de los efectos de la privatización.

2. LA QUIEBRA DEL SISTEMA Y LOS EFECTOS DE LA TRANSICIÓN EN CURSO

La descolectivización refleja la deriva de toda la economía. La agricultura es esencial en la economía del país y su importancia ha aumentado con el hundimiento del aparato industrial. La población rural se estima en el 37% de la población total, aunque casi la totalidad puede ser considerada como agrícola. Este sector ocupa el 38% de los activos y representa el 24,8% del PIB. Las repercusiones de esta evolución son la creciente desigualdad en la sociedad campesina y la caída de la productividad y eficiencia de los métodos de producción. Las graves disfunciones de la maquinaria hidráulica agrícola son otro ejemplo. Finalmente, las prácticas agrícolas, donde coexisten arcaísmo y modernidad, reflejan a la vez incoherencias en las mentalidades e ineficiencia técnica.

2.1. Privatización y comportamientos sociales

El fracaso de la privatización, agravado por las dificultades aparentes ya antes de la perestroika, produjo daños profundos en toda la sociedad y a los agricultores en particular. Insuficientemente preparados para esta brutal inmersión en una lógica de trabajo nueva y desconocida, los nuevos propietarios reaccionaron de manera diferente. Más de diez años después del inicio de este proceso aparecen varias categorías de campesinos. Los que viven al día en sus «propiedades» de hasta 1 hectárea sólo piensan en asegurar su supervivencia diaria. En el pueblo de Saravan, en las estribaciones del macizo de Zanguezour, había en época soviética tres unidades aldeanas que dependían de un koljoz dónde trabajaban 450 personas, con 6.000 cabezas de bovino. Durante la descolectivización, cada familia recibió 1 ó 2 vacas y una media de 4 hectáreas de tierra, parte de la cual eran pastos. Hoy en día, con 260 habitantes, la estructura social del pueblo se ha transformado profundamente. En nueve años, sólo 7 familias (unas 35 personas) han

conseguido comprar algunas vacas más y formar un pequeño rebaño de 6 ó 7 lecheras. Las demás familias, es decir la gran mayoría, van tirando con unas parcelas y una sola vaca. Este ejemplo, frecuente, ilustra el gran desamparo del campesino, arrastrado a una espiral de la que no sabe cómo salir, sin medios financieros, sin soporte psicológico, agobiado por sus nuevas responsabilidades.

Otra categoría de campesinos a la deriva son los refugiados armenios de Azerbaiyán. Durante el conflicto de Nagorno-Karabagh en 1993, Armenia tuvo que hacerse cargo de una población de refugiados de los territorios de Azerbaiyán. A estas familias, desprovistas de todo, se les dio un lote de tierras en diferentes pueblos a fin de asegurar su reinserción. Pero, a pesar de su buena voluntad, la mayoría, procedente de un ambiente urbano (Bakou), fue incapaz de transformarse en campesinos. Deseaban deshacerse de esta herencia pesada para ellos y vendieron su lote de tierras. Los que se quedaron no saben gestionar las tierras, ni el agua ni el material.

Existen, por último, agricultores que intentan innovar. Interesados por las orientaciones cultivables más productivas y mejor adaptadas al mercado, surgen poco a poco agricultores que aprovechan algunas ventajas materiales y financieras, asumiendo riesgos por el futuro de su explotación. En la llanura del Ararat, las cosechas de leguminosas y frutas son la base de una agricultura de regadío. En Vosketap coexisten los agricultores innovadores y los que «sobreviven» con dificultades. La innovación consiste en mantener como sea ciertos cultivos. Dos o tres agricultores demuestran cierto dinamismo. Uno de ellos, propietario de una hectárea y dos vacas, consigue buenos rendimientos: con 2.700 m², mantiene una pequeña parcela de viñedo para producir uva de mesa, mucho más rentable que el vino porque el «kombinat» vinícola ya no funciona. Esta uva «kimich» se conserva sabrosa durante todo el invierno, cosa que interesa a la clientela, que viene expresamente de Georgia para comprarla y revenderla luego en el mercado georgiano. Otro agricultor se ha lanzado a la producción de patatas, en el pueblo de Karnout, región de Chirak. Posee 2 hectáreas en propiedad y arrienda 6 hectáreas más, por las cuales paga 274 Euros/ha/año. Ha escogido la variedad de semilla Mona Lisa, que le da buenos rendimientos. Su cosecha anual, con 3 toneladas de semilla, alcanza las 35 T./Ha. Vende 15.000 Kg. a un precio aproximado de 90 céntimos el kilo directamente al consumidor, lo que le da un beneficio de 4.800 Euros por año. Conserva una parte de la cosecha para la siembra, aunque para asegurar el rendimiento cada año compra semilla nueva. Su dificultad no es la de producir o vender: tiene una clientela y se asegura, un año con otro, una cosecha satisfactoria. El problema es el abastecimiento de semillas, que importa sobre todo de Alemania y son caras.

Estos ejemplos no reflejan transformaciones espectaculares, pero ilustran algunas tentativas para rentabilizar superficies muy pequeñas en un marco comercial desestabilizado. Los agricultores que obtienen los mejores resultados suelen tener responsabilidades profesionales o políticas, son alcaldes o antiguos directores de koljoz, o han adquirido durante la época soviética una formación especializada en agricultura. Desde el inicio de la privatización han adquirido edificios y ganado para aumentar más rápidamente sus posibilidades de éxito. Disponiendo de cierto poder y de algunas capacidades de gestión pueden aumentar rápidamente su capital de explotación.

En la región de Eghegnadzor, a unos 1600 m. de altitud, el ganado bovino es la principal riqueza. Desde la privatización, 6 ó 7 granjeros han constituido cada uno un rebaño de unas 30 vacas lecheras para las que utilizan los pastos de altura del pueblo, a más de 2.000 m. Uno de ellos, el alcalde del pueblo de Saravan, compró los edificios de un antiguo koljoz donde ha instalado sus establos para 5 vacas y un pequeño taller para hacer queso, así como una cría de cerdos para valorizar los sub-productos lecheros de su quesera. Poco a poco consiguió ampliar su rebaño, comprando primero 15 vacas más, y actualmente posee un rebaño de 120 vacas, 38 de ellas de leche, y un toro para reproducción con el fin de mejorar los rendimientos. La trayectoria de este ganadero demuestra un cambio de mentalidad: ha entendido qué es la economía de mercado y, por ejemplo, sólo ha aumentado su ganado de leche después de haber buscado una nueva clientela para su queso. Esta clientela (comerciantes de Erevan) acude a su granja regularmente para proveerse y le aseguran así una salida a su producción. Ha entendido que tenía que diversificar su producción para conquistar mercados. Con la adquisición de ganado caprino, gracias a la ayuda de una asociación francesa (Caucase Arménie Plus), ha iniciado en el año 2000 la fabricación de queso de cabra, que funciona muy bien. En Armenia se encuentra poco queso de cabra en los mercados, pero es un producto que tiene demanda sobre todo por la hostelería internacional que se está desarrollando en la capital. Este agricultor ha creado un queso con hierbas «al gusto armenio» que se vende en los comercios de Erevan y Karabagh.



Etiqueta de queso de cabra «francés» fabricado en Saravan. La cabra 'francesa', de raza 'alpina', figura en color en la etiqueta para dar a este queso una originalidad comercial.

Las iniciativas de este tipo son poco numerosas pero los resultados son estimulantes para los que pueden lanzarse a la aventura, siempre que cumplan con ciertos requisitos: es necesario disponer de ciertos recursos financieros e invertir progresivamente; adquirir nuevos conocimientos, saber resolver individualmente los problemas de transformación y de comercialización de los productos en una coyuntura interior desestabilizada. En otras palabras, esta pequeña minoría de «portadores de proyectos» apor-

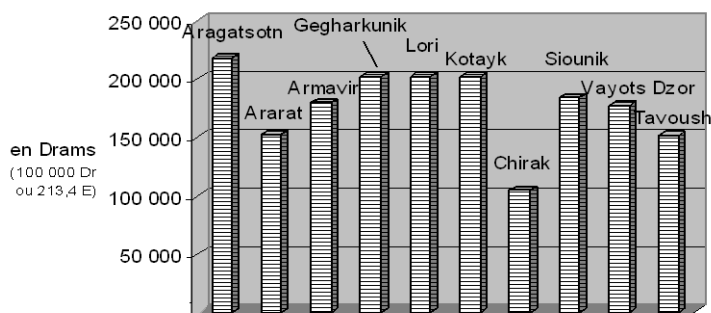
tan esperanza en un contexto difícil donde los riesgos ligados a la inversión personal son grandes.

2.2. La desaparición de los apoyos económicos

Esto es a la vez efecto del paso a la economía de mercado, que impone otros modos de funcionamiento, y del proceso de descolectivización que debilita las estructuras agrícolas. El aprovisionamiento de plántones, semillas, abonos y otros inputs ya no está asegurado. Con el cierre de los grandes circuitos de intercambio del mundo soviético, estos recursos, que provenían de otras regiones de la URSS, ya no están disponibles o ya no se entregan a Armenia. Las semillas, por ejemplo, se importan de EEUU o de Alemania, con un coste demasiado elevado. Cada uno debe hacer frente a la escasez y asegurar sus propias necesidades. Los rendimientos disminuyen, por falta de mejoramiento genético, de mantenimiento de las tierras, de medios técnicos para las superficies muy pequeñas.

La renta de los campesinos es extraordinariamente baja. Según un estudio reciente de UNDP, la renta media anual de una familia rural es de aproximadamente 2.200 \$ sobre la base de 4,76 personas por familia, lo que representa 494 por persona y año. Sabiendo que un 91% de las familias rurales sacan lo esencial de sus recursos de la agricultura, puede deducirse hasta qué punto la malventa de los productos agrícolas puede poner en peligro la renta familiar. De cada 100 explotaciones, sólo 18 son más o menos rentables, 25 están en precario equilibrio y 57 en pérdidas. Unos precios de compra demasiado bajos y unos costes de producción elevados (servicios y medios técnicos) explican una espiral que oscurece el desarrollo de la producción agrícola y el mejoramiento de la renta campesina.

GRÁFICO 1. INGRESO BRUTO DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA PER CÁPITA EN 1997



Fuente: Ministerio de Estadísticas de la R. A.

Para mejorar su renta, los campesinos siguen distintas estrategias. Aquí, la noción de «tiempo parcial» o doble actividad adquiere un significado totalmente diferente a la que conocen los agricultores de la Europa occidental. En la transición postcolectivista en curso uno no es «doble activo» sino pluriactivo, con una preocupación vital: alimentar a sus hijos. En esta lógica de supervivencia, el campesino, gracias a «pequeños trabajos» y con gran precariedad, cubre las necesidades de su familia. ¿Tenemos, entonces, que deducir que se vive mejor en el campo que en la ciudad? Teniendo en cuenta los gastos alimentarios, seguramente sí, dada la aportación vital que representa para la familia campesina la antigua parcela (y lo que en ella se produce), mientras que la urbana carece de recursos que le permitan acceder al mínimo alimentario.

CUADRO 3. POBLACIÓN POR DEBAJO DEL UMBRAL DE POBREZA (%)

	Total	Urbanos	Rurales
No pobres	44,95	41,73	49,24
Pobres	32,14	35,10	28,21
Muy pobres	22,91	23,17	22,55

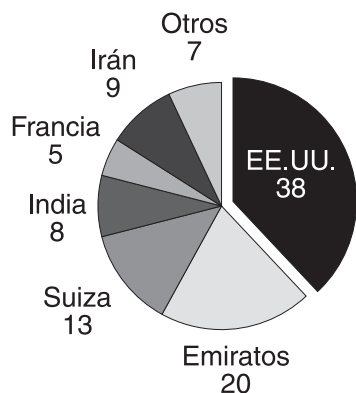
Fuente: Banco Mundial y Ministerio de Estadísticas de la R.A. 1998-1999, *Statistical booklet* 2001.

Los desajustes entre oferta y demanda generan una mala regulación de los producción agrícola y desembocan, según las fluctuaciones climáticas y las incertidumbres económicas, en excedentes o crisis de escasez. La desorganización de las unidades de transformación, el cierre de las fábricas, el derrumbe del sector agroalimentaria, que ya no asegura ni el aprovisionamiento ni la salida de la producción, crean un conjunto de desventajas para la economía agrícola. En verano la fruta abundante no puede colocarse ni en el mercado interior y en los años de fuerte producción se pierde por falta de empresas para transformarla. Esta situación conlleva unos sobrecostes por comprar en el exterior lo que Armenia no puede producir. El absurdo es total, porque aquí se podrían cultivar frutas rojas, del tipo de la frambuesa, que ahora se importan de Irán a precio de oro para abastecer el mercado de la capital. El ejemplo de las frambuesas es significativo: en la llanura irrigada de Ararat hay buenas tierras, condiciones climáticas favorables, una mano de obra familiar numerosa y desempleada, ejes de circulación bastante rápidos que permitirían un tiempo de transporte reducido hasta los mercados de Erevan. Allí hay un mercado no explotado en el que las inversiones se justifican fácilmente teniendo en cuenta el coste del producto de importación y la demanda interior. Pero hay una situación peor, otro absurdo: en este país de montaña, que posee un fuerte potencial de pastos, la producción animal, en particular de productos lácteos, no cubre la demanda del mercado interior. La leche importada de Irán, por ejemplo, se vende muy cara, aunque es un producto básico de la alimentación. Y qué decir de los huevos o de los pollos que se importan de Irán, Rusia o Bretaña.

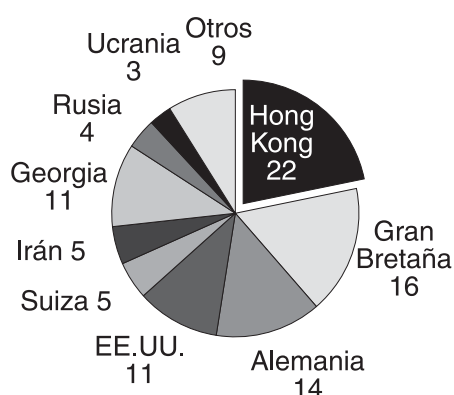
3. ENTRE PRODUCCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN: EL TAPÓN DE ESTRANGULAMIENTO DE LOS INTERCAMBIOS.

GRÁFICO 2. PRINCIPALES IMPORTACIONES ALIMENTARIAS: PARTE DE LOS PRINCIPALES PAÍSES PROVEEDORES

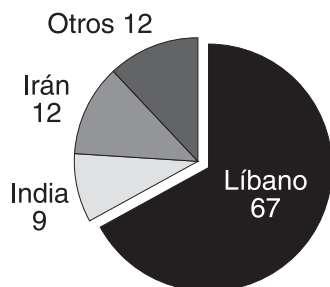
Carne y Productos Cárnicos



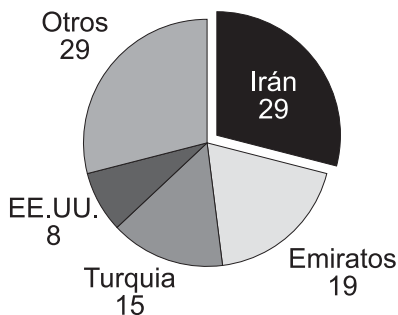
Cereales



Café, té, especias



Leche, huevos y lácteos



Para cubrir las carencias de la agricultura, una parte importante de las importaciones está constituida por productos animales, carnes y lácteos y cereales. Otros productos alimentarios (bebidas, preparaciones azucaradas, bizcochería, café, té) representan porcentajes importantes, y se encuentran hasta en los pequeños comercios rurales. Los intercambios comerciales por carretera se efectúan principalmente con Rusia e Irán. El bloqueo que cierra a Armenia por el lado de Turquía y del Azerbaiyán reduce gravemente la capacidad de intercambio de este pequeño país: su enclave geopolítico adque-

re, de esta manera, todo su valor en términos de relaciones comerciales directas. En este contexto de encierro, la pequeña propiedad tiene dificultades para integrarse en la lógica «producción-transformación-comercialización». Cada explotación se enfrenta a la imposible gestión de los stocs de cosecha perecedera, rápidamente invendibles. Antes las cosechas eran en parte entregadas al koljoz o al sovjoz, que se encargaba de venderlas y de aprovisionar a las fábricas de transformación, mientras que otra parte se enviaba a otras repúblicas de la URSS. Garantizar salidas no significaba entonces rentabilizar una producción, pero el sistema económico garantizaba en parte los intercambios (aunque no una verdadera renta). A escala del pueblo, la economía del koljoz representaba un conjunto donde la responsabilidad individual era inexistente frente a una planificación del interés colectivo de la Unión. La brutal inmersión en la economía de mercado, con sus efectos devastadores sobre las propiedades pequeñas mal preparadas, ha desestabilizado totalmente el medio. El agricultor no puede dar valor a su producción para venderla a mejor precio mientras los circuitos comerciales están desestructurados y faltan las unidades de transformación. El hundimiento de los rendimientos, las pérdidas financieras por falta de regulación del mercado, la incertidumbre de las salidas, penalizan al sector agrícola. Las deficiencias al principio y al final de la producción son, en gran parte, resultado del paso del sistema colectivista a la economía de mercado, a través de la privatización. Son las causas profundas que agitan este periodo de transición. Pasar de grandes superficies de una sola pieza a un parcelario atomizado en multitud de pequeñas explotaciones exige reconsiderar la gestión de las tierras, las orientaciones de los cultivos, la mecanización y, en general, las prácticas agrícolas. La inadaptación es total. La herencia de la agricultura colectiva tiene, en las prácticas y la gestión individual, un peso enorme en el futuro de la pequeña explotación.

2.3. Disfunciones técnicas e inercia de las prácticas agrícolas

Con la recomposición territorial, la mayoría de los equipos colectivos resultan inadecuados y son abandonados. La cuestión central es la utilización del agua. Con un clima muy seco en verano, sin riego, en Armenia casi ninguna mejora es posible, ni el pastoreo en altitud ni la agricultura hortofrutícola y leguminosa. Aparte de los problemas de aprovisionamiento de agua, las redes de riego se deterioran rápidamente por falta de mantenimiento. La principal dificultad para restaurarlas es financiera, pero también tiene que ver con la organización de la distribución del agua.

En la economía soviética el agua era gratuita, el campesino disponía de ella sin limitación y sin preocuparse de pagar un recurso a disposición de la colectividad. Consecuencia: un despilfarro incontrolado. Las prácticas colectivistas provocaron una inercia y una falta de responsabilidad que frena la llegada de técnicas agrícolas adaptadas al contexto del mercado. La utilización acertada de los recursos debe aprenderse y los campesinos deben adquirir nuevos reflejos.

En la llanura del Ararat, valle aluvial del Araxe, la red de irrigación permitía a cada pueblo disponer de agua suficiente para las huertas y la arboricultura, particularmente exigente en agua. Hoy la modernización de la red y su adaptación a las nuevas parcelas

son objeto de una rehabilitación progresiva gracias a ayudas internacionales y, en particular, a los fondos del Banco Mundial. En algunos pueblos las canalizaciones están destruidas o muy dañadas y centenares de hectáreas abandonadas. Con ayuda del Banco Mundial se llevaron a cabo dos programas: en 1995, por un coste de 43 millones de dólares, la restauración de parte de la red de irrigación; en 1999, por 26,6 millones de dólares, la rehabilitación de presas, cuyos daños se deben en parte a la actividad sísmica, pero sobre todo a su antigüedad, falta de mantenimiento y mala calidad de los materiales. A partir de abril de 1999, la rehabilitación de los canales de irrigación alcanzó un coste total de 57,2 millones de dólares, de los cuales la Asociación Internacional de Desarrollo (IDA) se ha hecho cargo de 43 millones de dólares. Este programa abarcó la revisión de 12 proyectos de irrigación y de la red de agua subterránea de la llanura del Ararat, una superficie de 164.700 ha, es decir más del 60% de la superficie irrigada de Armenia. Es un programa capital, que completa las operaciones más puntuales. Se entiende así el papel decisivo de las grandes organizaciones internacionales, tanto por la ayuda financiera como por su contribución al aprendizaje de la gestión, en todos los niveles. El agua tiene ahora un coste, un componente nuevo para los agricultores, que estaban más bien a favor de derrocharla. El gasto a satisfacer se suma al coste de la producción y debe estar integrado en los cálculos: para una hectárea de tomates en el Ararat, deben pagar anualmente 100 dólares.



Una gran parte de la red de irrigación está muy deteriorada. Aquí, en el perímetro del riego de Ararat, un tubo de hormigón que 'pierde' en el subsuelo más del 50% del agua bombeada.

Hoy en día, teniendo en cuenta los graves fallos de la red de irrigación, las obligaciones ligadas a la disponibilidad del recurso y las nuevas lógicas de utilización, a causa de la división en parcelas de las tierras, es necesario aprender a gestionar las cantidades y a limitar el despilfarro. Se desconoce totalmente el gota a gota, que permitiría una utilización racional y eficaz del agua. Al contrario, generalmente este sistema suscita entre los campesinos reacciones de incredulidad irónica. El pueblo de Rind está totalmente desprovisto de agua. Situado en el borde de un altiplano árido, en una región (Vayots Dzor) de cultivo cerealístico y de arboricultura frutera, este pueblo no hubiese sobrevivido sin la intervención de un mecenas de la diáspora que financió la reparación de un conducto de agua de más de 10 Km. El agua tiene ahora un precio. Los campesi-

nos deben pagar por su pequeña parcela el equivalente a 3,5 Euros al mes durante la estación de riego. El valor de cada gota de agua aún no está en relación con la economía que hay que practicar. Aquí no se conoce el sistema de goteo. Se recupera el agua de la lluvia en pequeños depósitos individuales, pero no se almacena. Se distribuye inmediatamente en la parcela por gravedad, incluso si el suelo está empapado de agua. El despilfarro aún es una práctica corriente puesto que el agua, que sólo se distribuye una o dos horas al día, no está metódicamente valorada.

Las inercias de comportamiento pesan mucho. Dificultan muchos intentos de desarrollo y generan sobrecostes, sobre todo a causa del despilfarro y la degradación del agua. Para que evolucionen las mentalidades, la creación de asociaciones de regantes es una iniciativa que surge en 1995 de un programa TACIS y del Crédit Agricole francés. Estas asociaciones tienen estatuto legal y existencia jurídica. Tienen acceso a la ayuda para los proyectos en forma de micro-créditos, asesoramiento y formación. La asociación de regantes se basa en la voluntariedad y sus miembros aumentan rápidamente, a medida que aparecen resultados positivos: de 4.028 miembros en 1996 ha pasado a 13.000 en 2001, en 360 pueblos y 6 regiones. En menos de diez años, la superficie cultivada ha alcanzado un 27% por la reparación de la irrigación, y la productividad de las cosechas ha aumentado el 31%. Aparte de los resultados que demuestran una evolución notable de las capacidades de producción, las acciones a favor de la irrigación son las más interesantes porque traducen las etapas vividas por los agricultores y en ellas se encuentran los diferentes tipos de innovadores. Este problema nos devuelve al tema del arcaísmo y la modernidad. Entre dos mundos, el campesino se pierde. La micro explotación requiere otros reflejos de aprovechamiento. Las prácticas agrícolas y las técnicas de cultivo han sido perjudicadas por la privatización, el paso a la economía de mercado y los imperativos de la competitividad. La vuelta al arcaísmo es general, sea cual sea el tipo de producción y la calidad del medio. El arcaísmo de los medios de los que disponen hoy los campesinos armenios recuerda la Europa occidental en los siglos XVIII y XIX: la vuelta a la laya y a la azada, el trabajo de los campos que moviliza a toda la familia.



Estas mujeres de un pueblo de la plana de Ararat están obligadas a trabajar la tierra con las manos. Vuelta a la laya y a la azada por falta de tecnologías adaptadas a un sistema minifundista

Después de haberse beneficiado de la tecnología soviética que el agricultor veía como la mejor del mundo, se encuentra proyectado 80 años atrás. La abundante mano de obra familiar compensa en parte los incumplimientos de la técnica, pero la baja utilización del potencial productivo, incluso su destrucción, lleva a un deterioro acelerado de los métodos de cultivo. Concebido para amplias superficies, el material agrícola es inutilizable para parcelas pequeñas: demasiado pesado, poco manejable e inadaptado a las prácticas de la cultura de minifundio. La laya y la azada han vuelto a ser habituales para voltear la tierra. Estos gestos ancestrales permiten hoy en día la supervivencia de miles de pequeños campesinos privados de medios materiales y financieros. Un país que ha sido industrializado, que ha vivido en la época del desarrollo técnico y ha conocido los avances del maquinismo, vuelve a sus inicios. Armenia, como los otros estados de la ex-URSS, vive una situación de «mal desarrollo», lo que la hace muy diferente de los países «subdesarrollados» de África, por ejemplo. Aquí se trata de un retroceso fundamental de la evolución de los campos y una degradación tal de las condiciones de trabajo que parece que hayamos vuelto a utilizar prácticas de otros tiempos: son a la vez los caracteres primitivos de las herramientas y los métodos de cultivo, y el mal funcionamiento de las redes comerciales, que suscitan la vuelta al trueque. Las prácticas agrícolas nacidas del sistema colectivista se acomodan mal con los objetivos de producción de la economía de mercado. Otro hecho aún más preocupante, el ‘desaprendizaje’ del saber-hacer es un inconveniente en la situación de autoabastecimiento alimentario al que las familias están obligadas. Esta increíble decadencia, después de haber alabado sin parar y durante años los progresos del maquinismo (reales, pero que no han cumplido sus promesas) lo que más conmueve cuando uno va por el campo. El cuadro de estas familias en los campos, privadas de todo medio para modernizar ni un poco sus métodos de trabajo, es una imagen de profundo desamparo que no deja insensible. Es la imagen del sacrificio de una sociedad entera, víctima de una ideología triunfalista, que ha sufrido los daños de la colectivización y se encuentra ahora en la miseria moral y material más grande, siempre víctima del fracaso del sistema.

La descolectivización de las mentalidades es más compleja que la de la economía porque es muy grave el olvido de las referencias, el olvido de los métodos y de las técnicas sencillas que permitirían volver a crear una economía de subsistencia, esperando tiempos mejores. Setenta años han borrado de las memorias los procedimientos de transformación más tradicionales. La fabricación del queso es un ejemplo significativo. En la época de la URSS se fabricaban en Armenia más de treinta tipos de quesos, entre ellos quesos azules, quesos «suizos». Hoy en día sólo se fabrica el «Lori», escurrido, con gusto salado, conservado en salmuera durante el invierno. El cierre de la mayoría de las fábricas de leche, las únicas capaces de tratar la producción colectiva, ha hecho que la fabricación de queso se haya perdido, por no saber utilizar las técnicas sencillas, adaptadas a una producción artesanal, en la granja. Algunos agricultores han instalado pequeños talleres de queso en su casa, pero la gran mayoría ya no sabe trabajar la leche con los métodos tradicionales. Diversificar la producción sería el inicio de una solución: con diferentes variedades –quesos de leche de vaca, de cabra, de oveja– entraríamos en otra lógica, la del mercado y de la conquista de los consumidores.

3. CONCLUSIÓN

La brutalidad de la evolución tiene que ser nuevamente señalada: el término «brutal», a menudo utilizado para describir los efectos del hundimiento de la URSS sobre las economías y las sociedades de las antiguas repúblicas socialistas, no es suficientemente fuerte para expresar a la vez la intensidad y la rapidez del «choque» que afectó las actividades agrícolas e industriales de estos países. Para comprender lo que significa «brutal» es necesario ver los paisajes «económicos» devastados: Armenia, para el observador extranjero, ofrece el cuadro de un país oxidado, incluso si los estigmas del desastre resultado de la soviétización se atenúan un poco, tanto en los inmensos yermos industriales como en los paisajes urbanizados y en los pueblos. Aún queda mucho por hacer para restaurar esta economía siniestrada, pero las luces se multiplican, en particular en los campos.

Uno de los principales factores que debilitan la reactivación de la agricultura es la debilidad del mercado interior y su escasa solvencia. Al desequilibrio de los intercambios se une el cierre de los circuitos comerciales tradicionales por razones políticas. La extrema sensibilidad de la economía frente a las perturbaciones geopolíticas de la región penaliza severamente a Armenia, incluso más que a sus vecinos Georgia y Azerbayán, sobre todo por el bloqueo de fronteras que impide los intercambios con Turquía y Azerbayán y compromete el desarrollo comercial con el conjunto de la región del Cáucaso. Las iniciativas de los agricultores prefiguran cambios profundos para los próximos años, pero no se podrá hablar realmente de reactivación hasta que los inversores nacionales y extranjeros puedan contar con una estabilidad real del mercado y el respeto de los compromisos de los responsables políticos, en un clima geopolítico sereno. La falta de confianza hacia los responsables oficiales, la desaparición de las ayudas, la falta de información, son los peores efectos de la transición post-colectivista. El hundimiento de la URSS, con su cortejo de herencias y de bloqueos geopolíticos, ha generado un gigantesco caos del cual un pequeño país como Armenia tiene dificultades para salir. La ayuda de organismos internacionales y los programas financieros del Banco Mundial, BERD, FMI y los Fondos europeos, sostienen operaciones en todo el país, pero el resultado, después de 5 ó 6 años, es decepcionante teniendo en cuenta las importantes cantidades de dinero inyectadas. Las razones incluyen desde la ineficiencia de determinados programas, a ciertas decisiones tomadas y la manera en que se han repartido los subsidios. Los proyectos tienen más posibilidades de llegar a un buen resultado si cuentan con la implicación de todos los actores locales. La salvación, dentro del sector vital que es la agricultura, vendrá seguramente más de los micro-proyectos, bien adaptados a situaciones locales, que de las acciones de gran envergadura. No asistiremos a un despegue económico real hasta que los comportamientos no tomen en cuenta la noción de trabajo. El mensaje más urgente que deben transmitir los responsables de las políticas agrícolas y financieras, conscientes de las resistencias culturales, pesadas e invisibles, es que se puede trabajar de forma honesta. La mentalidad dominante, heredada de una época pasada, es que los «chanchullos» son un valor seguro, y se necesitará tiempo para cambiarla. Hay que pagar a las personas por el trabajo realizado, pero antes hay que darles los medios para trabajar. En definitiva, es todo un conjunto de interacciones el que explica la desestabilización del sector agrícola, que la descolectivización hizo explotar.

AGRADECIMIENTOS

He tenido un gran placer en escribir este artículo y de contribuir así a la Revista de Historia Agraria. Agradezco especialmente su ayuda a la profesora Carmen Sarasúa, que me ha hecho descubrir esta Revista, y la del Comité Editorial, así como a los evaluadores anónimos, gracias a cuyos comentarios he podido ajustar el artículo a un público sobre todo de historiadores, y revisar la traducción. A pesar de la longitud del texto, quedan todavía muchas cuestiones por tratar sobre la evolución de la agricultura en un país que sale de un sistema comunista y entra en una economía de mercado. Confío en que este trabajo suscite nuevas preguntas a los lectores, a quienes estoy dispuesta a aportar, si puedo, cualquier precisión que soliciten.

Texto traducido por Thierry Helleboid

REFERENCIAS

- ARDILLIER-CARRAS F. (2004): *L'Arménie des campagnes. La transition post-soviétique dans un pays du Caucase*, París, L'Harmattan.
- ARDILLIER-CARRAS F Y BALABANIAN, O. (2003): *L'Arménie, avant-poste chrétien dans le Caucase*, París, Glénat.
- CABANNE, CL. Y TCHISTIAKOVA, E. (2002): *La Russie. Perspectives économiques et sociales*, París, A. Colin.
- FERRO, M. Y GIRAULT, R. (1989): *De la Russie à l'URSS*, París, Nathan Université.
- GEORGE, P. (1962): *L'U.R.S.S.*, París, PUF, Coll. Orbis.
- GEORGE, P. (1966): *Géographie de l'URSS*, París, PUF, Qsje n° 1079.
- GEORGE, P. (1981): *L'économie de l'URSS*, París, PUF, Qsje n° 179.
- KEVORKIAN, R.H. Y MAHÉ, J.P. (1988): *Arménie: 3000 ans d'histoire*, Marseille, *Maison arménienne de la culture*.
- LACOSTE, Y. ET AL. (1989): Les Marches de la Russie, *Revue Hérodote*, pp. 54-55.
- LÉVESQUE, P. CH. (1812): *Histoire de Russie*, París, ed. Malte-Brun.
- LIBARIDIAN, G. (2000): *La construction de l'Etat en Arménie, Un enjeu caucasien*, París, Karthala.
- MOURADIAN, CL. (1990): *L'Arménie. De Staline à Gorbatchev*, París, Ramsay.
- MOURADIAN, CL. (2002): *L'Arménie*, París, P.U.F. Coll. Que sais-je, 851.
- MUTAFIAN, CL. Y VAN LAUWE, E. (2001): *Atlas historique de l'Arménie. Proche-Orient et Sud-Caucase*, París, éd. Autrement, Coll. Atlas/Mémoires.
- SELLIER, J.Y A. (1999): *Atlas des peuples d'Orient*, París, La Découverte.
- THUAL, F. (2001): *Le Caucase*, París, Flammarion, Dominos.